

Querido hijo:

Has ido a lanzarte a los brazos de tu peor enemigo, eludiendo los abrazos de los que te queremos bien y nos preocupamos por ti. Pero tú estás cegado, inmerso en una relación que te ha de conducir a un punto final de soledad si no te mantienes alerta, si no escuchas, de una vez por todas, a tu corazón y no a tu cabeza. Me duele decírtelo, pero él te ha robado los sentidos, aunque aun tienes a mano el recurso de los sentimientos para plantar batalla a tu ceguera.

Él siempre te contará mentiras. Ya hace de ti lo que quiere; ha hecho saltar en mil pedazos tu voluntad, aun tú creyéndote fuerte y convencido de que controlas la relación fraudulenta que has iniciado con él y que te absorbe por completo. Ignoras, o ya no lo quieres ver, que te domina de tal manera que sólo te deja ver, nos permite observar, una impronta huidiza de ti mismo, una fotografía casi velada que nada tiene que ver con la realidad, con tu verdad. Sin embargo, tú creerás todo lo que te muestre, aun sabiendo que te hace mal.

Hijo mío, aún estás a tiempo de darle la espalda, de cerrar tus ojos, de evitar su presencia; sólo así estarás en el camino para reencontrarte contigo mismo. Te lo dicen tus padres, que son quienes mejor te quieren y comprenden, aunque tú nos presientes distantes, cegados de incompreensión. Sólo queremos ayudarte. Apártate de él.

Te animamos a que rebusques en tu interior. Allí hallarás las fuerzas que necesitas para enfrentarte a tus demonios, que no son más que los demonios que todos y todas llevamos agazapados dentro, arañándonos, susurrándonos cantos de sirena, y a los que mantenemos presos con mayor o menor fortuna. Se fuerte, no los dejes escapar.

Tú sufres con esta relación; nosotros también. No lo percibes, pero has dejado de quererte; nosotros seguimos amándote. Estás a punto de perder la batalla; nosotros

luchamos por ti, soldados de un ejército a los que tú reconoces como una hueste enemiga.

Da un salto; del otro lado de la trinchera está tu verdad y están los que te quieren, y te esperan para dar sosiego a tus temores y para calmar tus miedos. Sé valiente, abandónalo, que nunca estarás solo.

Deja de luchar contigo mismo, con esa presencia falsa que él, embaucador, te hace creer como tuya. Porque él te quiere mal; pero tú no lo sabes, o no lo quieres saber. Afrontar las mentiras cuesta, pero más esfuerzo reclama el negarse a ellas, pues el cobro que hace de quienes no las enfrentan es bien caro: sufrimiento irreversible.

Recuerdo cuando tú, siendo un niño precioso, te acercabas a sus dominios cada dos por tres; coqueteabas y te cambias mil veces de ropa delante de él. Te gustaba mirarte, mirarlo, en una mágica atracción que hoy se ha vuelto diabólica. Ahora te muestra una edad que no se corresponde con la tuya. Pero te sugestiona y te hace querer a una mentira. Abandónalo ya. Deja de lado el espejo, ese azogue que te tiene enamorado y que es la mano ejecutora de quien realmente acaudilla vuestra relación: la anorexia.

Abandónalo, y date una oportunidad: aséstale un golpe de efecto y enseña la espalda a la enfermedad, que abandonarla no te ha de doler. Aquí estamos nosotros para remediarlo.

Te esperamos y queremos.

Tus padres.